

Ni contigo ni sin ti

Este guion está basado en el caso real de las hermanas gemelas June y Jennifer Gibbons. La información sobre ellas ha sido extraída del libro *Las gemelas que no hablaban*, escrito por la psicóloga y periodista Marjorie Wallace y publicado en 1986 en Reino Unido y en 1990 en España. En él se recogen fragmentos de sus diarios y su trayectoria hasta ser ingresadas de modo indefinido en un centro de reclusión para enfermos mentales.

Desde que vi la reseña del libro en un periódico sentí una enorme fascinación por estas dos hermanas de vidas embrolladas. Había algo en su idéntico silencio, en su complicada relación con el mundo, en su extraña piromanía contra los edificios de lo que Wallace llama templos de la era burocrática, que me atraían como claves perseguidas durante años. Parecía en muchos aspectos una lucha personal de dos hermanas contra la indiferencia generalizada de una época dominada por un sistema tan protector como indolente, una pelea de la peculiaridad contra la normalidad que excluye toda sorpresa.

Más allá de su conducta y actitud más o menos insólitas para mí no se trata solo de una curiosidad, de un atractivo caso particular. No aprecio en ellas la anécdota de una personalidad excepcional, algo que considero patrimonio de cualquier ser humano. Hay un interés universal en estas dos hermanas que tienen tan serias dificultades para encontrarse consigo mismas. Descubrir el mundo es un acto de conocimiento propio. Cuando uno tiene tan serias dificultades como ellas para saber quién es, hasta el punto de no encontrar qué ofrecer a los demás para su reconocimiento, pues no alcanza la posibilidad de tener una conciencia propia, desdoblada por una extraña identidad que nos hace confundir hasta un grado difícil

de tolerar el afuera y el adentro, la comunicación con el exterior se puede convertir en una aventura llena de extrañas complicaciones. Las gemelas que no hablaban nos ponen en evidencia una dificultad que en menor o mayor grado atraviesa todo ser humano, la de encontrar dentro de sí algo que ofrecer al mundo y en el exterior algo que aportar con claridad a nuestro ser más íntimo, la de que ser para sí es también ser para los otros.

La vida de estas dos hermanas, su misterio, se explica también por la influencia de un entorno al que cuesta aceptar las diferencias. Amenazadas por sus compañeros de colegio, de los que recibían numerosas burlas por ser negras, por ser iguales, por ser calladas, en un contexto hostil, las gemelas encontraron en un primer momento un consuelo y una seguridad en la mutua complicidad. Pronto empezaron a protegerse del mundo con su hermetismo y descubrieron que en una sociedad hipercomunicativa el silencio podría ser la mejor arma. Metieron su caparazón en casa, hasta el punto de no participar nunca en la vida familiar: raramente hablaban con sus padres o hermanos, no compartían ninguna reunión familiar, incluso comían apartadas, en su habitación. Una actitud y un silencio que fueron cada vez más naturales en el hogar de las Gibbons. Las dificultades de la adolescencia para buscar un lugar en el mundo y a alguien dentro de sí que ocupase ese lugar se multiplicaron por mil en este contexto.

Sus vidas tienen que ver con la pregunta fundamental filosófica de qué es el ser, con la pregunta de quién soy yo, con el problema de la identidad. Cuando uno tiene a alguien fuera de sí mismo tan parecido hace que esa pregunta se responda con un reflejo, con un reflejo que además no es tal, sino otra persona. La mayoría de nosotros puede permitirse una relación con los reflejos más o menos fluida, más o menos exitosa. En el caso de nuestras hermanas es más complicado, pues en este

caso el reflejo, la representación de la realidad, se confunde con esta. A nosotros nos obedece la sombra que proyecta nuestra mano. ¿Cuál no sería nuestro desconcierto si un doble de nosotros mostrase que tiene una voluntad diferente de la nuestra?

Su dilema también tiene que ver con la relación entre el individuo y la sociedad. Ellas crean una especie de sociedad solitaria, secreta, formada por dos personas. Además, tienen una complicidad y un entendimiento casi absoluto entre ellas dos, lo que hace que sufran dificultades para relacionarse con los demás, pues la comunicación en ese caso es mucho más dificultosa, hay que hacer siempre grandes esfuerzos de interpretación de la realidad. Es algo relativamente común entre los hermanos, entre personas que conviven estrechamente y tienen muchas afinidades. Que se haya pensado en la telepatía, en cierta habilidad para adivinar el pensamiento, no es raro. Cuando uno solo tiene que decir media oración para que otra persona complete la elipsis y comprenda lo que queremos decir se crea una afinidad tan grande que nos hace ver a los demás con cierta pereza: para entenderse con ellos hay que dedicar un esfuerzo excesivo. Es, de hecho, una señal de problemas en el amor y la amistad cuando las medias frases ya no son comprendidas. Ese inmediato reconocimiento de la otra en el reducidísimo círculo familiar acentúa cada vez más la separación con el resto del mundo.

En cierto modo se sienten demasiado a gusto en su relación. Todo es complicado porque entre sí todo es demasiado fácil. Ellas mismas son conscientes de ser como una pareja que se encierra en sí misma. El problema, en su caso, es que no estaban del todo formadas, y que al cortar tan bruscamente la comunicación con el exterior impiden continuar con su formación. Uno deja de ser uno mismo en parte cuando se encierra en una falta de contacto con lo que no es él. No pueden dejarse moldear por todo aquello que no son ellas mismas.

Hay también en su caso, recorrido a lo largo de todas sus etapas de crecimiento y formación, un desafío frente todo lo establecido, una dificultad para encajar en un esquema previo, no dado espontáneamente. Constantemente parecen estar burlándose de las convenciones sociales, en la familia, en el colegio, en la cárcel. Se enfrentan a su manera a un mundo que no las entiende a ellas y que ellas tampoco entienden.

El lenguaje es la primera convención social, por lo que no es extraño que formen a su alrededor barricadas de silencio, interpretadas por los demás como problemas comunicativos que se disponen a atender para que no queden fuera de la sociedad. El problema es cuando familiares y educadores descubren que entre ellas, en su minisociedad, se desenvuelven perfectamente, con una fluidez que no pueden dejar de interpretar como una burla, algo para lo que hay fundadas razones, por las sonrisas burlonas que intercambiaban o por lo que podemos leer en sus diarios. ¡En plena etapa de mutismo escolar las gemelas hacían relatos protagonizados por loros parlanchines!

Frente a su actitud hay por parte de la Administración del Estado un claro interés en atender la excepción para hacer de ella algo con lo que se pueda convivir. De alguna manera ellas sienten amenazado su carácter único y lo protegen, encerrándose cada vez más en sí mismas. Se plantan como erizos, no quieren dejarse dominar. Eso hará que la final encuentren problemas para salir de esa excepcionalidad. Tanto los profesores, como los psicólogos de los centros educativos y el personal de las prisiones por las que van pasando tienen la sensación de enfrentarse a un desafío. Algunos de ellos intentan hacerles comprender que la suya es una guerra perdida, que la sociedad es más fuerte y en ningún momento podrán salir victoriosas, que deben aceptar las convenciones para integrarse.

Los múltiples intentos por parte del sistema educativo para saber cuál era el origen de su incomunicación recalcitrante y tratar de superarla encontraban siempre la misma resistencia. Eran imbatibles en su silencio inexpresivo. Siempre mostraban ante ellos una máscara rígida que no traslucía ninguna emoción ni intención. El hermetismo no era solo lingüístico. Conscientes de que todo significa su lenguaje corporal estaba reducido al máximo y sus movimientos y gestos eran la negación del movimiento y los gestos. Era tal la práctica de su indiferencia que incluso cuando los educadores intentaban hacerlas hablar y comunicarse mediante la elección de temas de su interés, las gemelas se sentaban una enfrente de la otra sin hacer nunca caso de las proyecciones o las personas que se dirigían a ellas. Por sus diarios sabemos que estaban también satisfechas de que su misterio no fuese descubierto, de saberse un enigma indescifrable, de sentirse en cierto modo incomprendidas.

Solo la amenaza de separación conseguía alguna forma de comunicación por parte de las gemelas. En esos casos llamaban desde cabinas telefónicas a sus educadores prometiendo vencer sus hermetismo. Cuando finalmente eran separadas para ver si así pudiesen superar sus barreras, se comportaban con total pasividad, hasta el punto de que en ocasiones había que ayudarlas a caminar. Lo único que dejaban traslucir en esos casos era una gran tristeza y una casi imposibilidad de vivir por su propia cuenta.

Muy pronto su actitud hierática llamó la atención de los educadores. Fascinados por su precisa sincronización de gestos y movimientos pensaron que una sola mente dirigía simultáneamente dos cuerpos. Hubo quien creyó que se trataba de cierta forma de posesión. En muchas ocasiones no había algo así como una orden explícita de una sobre otra, sino un acatamiento de una voluntad que no

se manifestaba de forma visible salvo por el sometimiento de la otra hermana, que sentía esa imposición.

Esa mente que dirigía los dos cuerpos era en realidad la de una de ellas, pero creo que podría haber sido perfectamente la de la otra hermana. Se trataba más bien de un reparto de roles psicológicos. De ese modo fueron creciendo como una sociedad secreta, con normas desconocidas incluso para ellas, cuyo incumplimiento las hacía infelices y provocaba muy serios enfrentamientos internos. Ni contigo ni sin ti, esa será la tónica de su vida. En una de ellas domina la necesidad de mantenerse unidas, en la otra habrá continuos e infructuosos intentos de emanciparse.

Por sus diarios sabemos que se consideraban dos seres muy parecidos, algo de lo que a ratos también se sentían muy orgullosas, pero independientes. El problema tenía que ver con la sensación de que nadie podría reconocerlas como personas diferentes. Eso hacía que se crease una especie de competición a la hora de marcar rasgos que las diferenciasen y permitiesen a los demás percibir las como seres únicos. Cuando una de ellas trataba de alcanzar una individualidad reconocible, a través de ensoñaciones que la hacían verse más guapa e interesante que su hermana ante los demás, la otra se resistía y buscaba una absoluta identidad. Mientras una decía una y otra vez «Tú eres yo», la otra decía «Yo soy yo». Era difícil, incluso para ellas, saber cuáles eran las reglas de su juego hermético.

El principio de su adolescencia fue de casi total aislamiento. Negaban en parte la irrupción de los impulsos que las llevaban a querer gustar y ser reconocidas como seres amables por otras personas. Eso hizo que durante un tiempo llegasen a ponerse vendas en el pecho. Aquello no era más que una prueba de su hermetismo y de los problemas de convivencia, cada vez más exacerbados, en ese pequeño núcleo de identidad. Si alguna vez intentaban participar de algún modo en los ritos

sociales, siempre lo hacían comunicándose indirectamente, hasta el punto de hacer el truco trato de Halloween con un aparato que reproducía sus voces

A los dieciséis años todavía jugaban con muñecas. En su imaginación creaban mundos que cumplían todo aquello que no tenían en la realidad o eran el reflejo de sus trabas vitales. También había cierto regodeo en los problemas de convivencia. En ocasiones los protagonistas de sus juegos eran personas inadaptadas. También había todo tipo de desastres imaginarios para los muñecos, catástrofes que en cierto modo representaban la muerte de la otra, casi el único posible desenlace de su conflicto real. Irónicamente, en sus juegos imitaban los programas típicos de los medios de comunicación: consultores sentimentales, noticias, programas sobre belleza.

Se entregaron casi de lleno a la imaginación y quisieron ser escritoras, intentando de algún modo ofrecer soluciones imaginarias a problemas reales. En ellas se trataba de una experiencia realmente catártica. Algo les hacía pensar que en las palabras estaba realmente la clave que les permitiría entender el enigma de su diferencia, frente al mundo y entre ellas mismas, y de su peligrosa identidad, plagada de trampas que les impedían ser realmente ellas mismas. Buscaron en cierto modo en esa comunidad de sentido una diferencia que les permitiese ser individuos parecidos e independientes, como dos manzanas que pertenecen a la misma especie, con formas y colores diferentes. Quizá a través de las palabras, comunes para diferentes cosas, aprendiesen a desenlazarse una de otra. Además, su uso literario podría hacer que encontrasen ese carácter único de significados que no están escritos en ningún diccionario.

En su literatura también desafiaban de alguna manera un mundo que no las comprendía y en el que ellas no terminaban de saber encontrar su lugar. Conscientes

de que esa representación de la realidad está también plagada de convenciones que impiden alcanzar en muchas ocasiones la verdad la desafiaron a su manera y se enfrentaron a las trabas impuestas. En los manuales del buen escritor que ellas encontraron leyeron que los personajes marginales (prostitutas, drogadictos, alcohólicos, delincuentes), las deformidades, las aberraciones, las enfermedades venéreas o los sufrimientos explícitos no eran recomendables para los editores. Casi como una provocación, esas prohibiciones hicieron que buscasen precisamente en los contraejemplos un camino para encontrarse a sí mismas.

Otra de las señales de que se buscaban a sí mismas como locas era la afición que iniciaron por la fotografía. Se hacían autorretratos en todas las posiciones, con pelucas, disfrazadas de mil maneras, tratando de reconocerse en la multitud de las metamorfosis de su imagen, algo que recuerda a la introspección a través de las propias apariencias de Francesca Woodman.

Más allá de los juegos y de la increíble complicidad estaban cada vez más hartas una de otra y las dos sentían deseos irrefrenables de salir al mundo y tener un lugar en él más allá de su asfixiante microcosmos. A partir de los dieciocho años empezaron a cuidar más su imagen y decidieron que ya no eran niñas. Se otorgaron el derecho a que sus pechos crecieran en paz y empezaron a interesarse por los chicos de alrededor. Por supuesto, seguían haciéndolo de un modo distante. Observaban con prismáticos a los desconocidos y les enviaban anónimos llenos de apasionados mensajes de amor.

No era nada raro que sus escarceos con los chicos desconocidos no tuviesen ningún éxito y que su frustración creciese, culpándose de ella entre sí. Aun así, siguieron buscando juntas nuevas rutas para explorar, principalmente en la interpretación de los sueños, el espiritismo y la magia, es decir, todo aquello que

permitiese comunicarse con el exterior, con el resto del mundo, de un modo virtual, evitando en todo momento la presencia física.

Pronto empezaron a confesar a Dios en sus diarios pequeños delitos, como el robo de cosas sin demasiado valor. También se hacían eco en ellos de sus dificultades para comunicarse con su propia familia y de los continuos desplantes que sus padres y sus hermanos tenían que sufrir.

Finalmente abandonaron el mundo de la ficción para buscar en la realidad sus primeras relaciones. Todo es un poco extraño. Por ejemplo, el primer beso que da un chico a una de ellas, después de semanas de acoso por parte de las gemelas, será, según lo que ella dejó escrito, para darle una calada a su pitillo. Y la reacción violenta que tuvo otro chico con una de ellas tras una experiencia sexual fue interpretada como un modo de evitar la excesiva blandura cursilona de las relaciones amorosas, lo que demuestra que tenían un agudo sentido para la ironía.

Una vez fracasados claramente sus intentos por buscar algún modo de realización en el mundo de los chicos y las pandillas se dedicarán a la delincuencia, en la que encontrarán una pasajera solución a sus problemas. De repente, todo fluye y su relación deja de ser conflictiva. Están poseídas por la épica de la destrucción y el vértigo de la transgresión. Se aprecia también cierto sadismo en su relación con el mundo. Severo Sarduy ha definido al sádico como un ser poseído por la búsqueda de un objeto sin sujeto, un objeto para siempre perdido, como la persona que por no disponer de un sujeto es todo objeto. Al no encontrarse, las gemelas buscan fuera de sí objetos en los que hallarse.

Sus delitos preferidos están relacionados con la piromanía. Para ellas es una forma de catarsis. Lo más probable es que eligiesen el fuego por su relación con la purificación. Dado que todos sus intentos por salir de esa pequeña sociedad habían

fracasado, el fuego será como una puerta que se abre entre el mundo y ellas, una forma de romper lo que las encierra desde un lado y desde el otro. Por eso los delitos están hechos desde el más absoluto de los cinismos, algunos de ellos cometidos casi en las narices de la policía, interpretada en sus sueños como símbolo de protección. La prisión representa igualmente seguridad, un mundo por fin abierto. La cárcel es la transición entre el penal en el que ellas mismas estaban encerradas y el resto del mundo, donde una libertad fuese posible. Es como una cámara de descompresión para alguien que vuelve de las profundidades y pretende salir a cielo abierto.

Ya en la cárcel se dedicarán a competir por lo poco que les quedaba. La comida era uno de los pocos motivos que tenían en su vida encarcelada para tener razón. De ahí que se convirtiese en un arma arrojada y en motivo de disputas que en muchas ocasiones terminaban en arañazos. Las dos pretendían estar delgadas para el momento en que llegase el juicio. Se turnaban para comer todo lo que les traían y, si la disputa era excesiva, se quedaban sin probar bocado.

En la prisión seguían con sus severos problemas de comunicación. Establecían contacto con los policías que las interrogaban y con sus abogados mediante notas que pasaban cuando su interlocutor abandonaba la habitación y mediante absurdas conversaciones telefónicas de una sala a otra contigua. La capacidad de comunicación desplegada en ciertas ocasiones y bajo determinadas condiciones hizo que los funcionarios de la prisión pensasen, como en ocasiones anteriores había ocurrido con los educadores y psicólogos, que se estaban burlando de ellos, que su silencio consistía en un juego ofensivo, sobre todo cuando terminaban sus esporádicas conversaciones con risas de complicidad. La sincronización de sus movimientos y su empeño por hacer todo lo posible para evitar estar en contacto con los demás tenían bastante desorientado al personal de

la cárcel. Cuando las separaban en celdas y las aislaban a una de la otra el personal descubría que hacían exactamente las mismas cosas al mismo tiempo en diferentes espacios, como si realmente fuesen una sola persona desdoblada que leía, escribía o se rascaba la cabeza en dos lugares diferentes.

A pesar de esa sincronización, por sus diarios sabemos que había una diferencia esencial en su visión de la realidad. Tenían percepciones muy distintas de los mismos sucesos, a veces enfrentadas, lo que las hacía muy extrañas a esa identidad que mostraban en la superficie. Además, esas diferencias entre ellas, cuando las ponían en evidencia entre sí, acarreaban serios problemas de autoestima y de relación con la realidad, pues todo su mundo se había reducido a esa estrecha convivencia, y cuando esta se resquebrajaba, lo cual ocurría muy a menudo, el mundo se les venía encima y se sentían profundamente solas.

Eran muy conscientes del tipo de relación que las unía. Se sentían como una pareja de amantes, en una enfermiza lucha de amor-odio. Una de ellas sentía las diferencias como una verdadera agresión y soñaba con tener en algún lugar del mundo una hermana que fuese realmente idéntica a ella. También se sentían poseídas por la percepción de la otra, tomadas por los ojos, los oídos, por los sentidos de la otra, como si se hubiese colado en su cuerpo.

Cada vez son más conscientes de que están abocadas a una lucha en la que las dos no pueden perder ni ganar. Sueñan con arrojar a la otra a la tumba y temen que pueda encontrar la salida a base de palabras que la vayan iluminando hacia el exterior. Empiezan a sentir serios deseos de acabar la una con la otra y se llaman la bestia. A veces soñaban directamente que tenían un enorme peso encima que se colocaba encima de ellas intentando asfixiarlas.

Ponen serias esperanzas en que el juicio aclarará la situación entre ellas, que por fin podrán explicar al mundo lo que ocurre y encontrar una solución para salir de su idéntico ostracismo. Pero nada de eso ocurre. Llegado el momento lo ven pasar sin pena ni gloria. Les decepciona que apenas haya periodistas, lo que nos obliga a preguntarnos si todas sus irregularidades y sus problemas no tienen que ver con una búsqueda desesperada de reconocimiento. Ellas sienten que faltan en el mundo exterior, no solo porque están en la cárcel, sino porque al final no han encontrado su lugar, ni como hermanas, ni como hijas, ni como amantes, ni como delincuentes.